

# Los héroes de John Ford. Melancolía en tiempos de egoísmo

Sus historias, además de míticas, son como las entrañas de una madre enamorada eternamente de sus hijos: están llenas de compasión

Quizá una de las mayores virtudes del cine de John Ford sea su actualidad permanente. Después de tantos años, nos habla hoy y siempre sobre la condición humana. Como él de los pioneros en las conquistas de las tierras del Oeste, de la creación de la épica americana, con ese peculiar aire suyo de hablar de ganancia sin obviar las pérdidas, reconocemos también con melancolía que a nuestro mundo le vendría bien sintonizar más con su mirada. Pese a las distancias culturales, su narrativa sigue fascinando. No sólo cautiva la esperanza que desparra sobre la Humanidad. También regala juicios bien asentados en argumentos controvertidos. Porque sus historias, además de míticas, son como las entrañas de una madre enamorada eternamente de sus hijos: están llenas de compasión. Como si despertaran viejos fantasmas de la memoria, los personajes del universo fordiano son los testigos privilegiados de un mundo en extinción. Al aparecer en joyas cinematográficas como *The Searchers* (1956) o *The Man Who Shot Liberty Valance* (1962), nos recuerdan qué hay de verdad y qué de mentira en la vida ordinaria de las gentes.

Ford empezó y acabó su carrera como director de westerns. Su maestría en este género lo ha convertido en el referente esencial para otros directores, entre los que se encuentran, Clint Eastwood, en el lado más convencional y Quentin Tarantino, en el lado más transgresor. Fue auténtico por razones de diversa índole: desde su tratamiento fotográfico del espacio, -convertido casi siempre en una expresión formal de la trascendencia-, de la poesía de sus paisajes, con las angosturas de los desfiladeros y las amplitudes de las praderas, hasta la composición de cuadros donde aparece retratado su amor por los más desfavorecidos, las gentes de mal vivir, los huérfanos, las viudas, los desheredados, los emigrantes y los desposeídos, John Ford es el

hombres de frontera es significativa. Este tipo de protagonista, que se fraguó en el personaje de Cheyenne Harry en la época silente, evita el posibilismo: jamás se adapta a lo conveniente. Sus claras carencias sociales y sus dificultades para triunfar económicamente lo exponen a una continua prueba de aceptación. Éste es el caso de *Just Pals* (1920). Pero más tarde en películas como *My Darling Clementine* (1946), se reforzará esa imposibilidad de adecuarse a los cánones sociales establecidos. Los héroes de Ford no actúan con el afán de ganar el mundo sino de disfrutar de la belleza que éste posee. Por lo tanto, este héroe está más centrado en hacer el Bien por sí mismo, sin estrategias que empañen la acción moral o le resten pureza, que en sobrevivir. En este marco, John Ford consolidó al protagonista del bueno aparentemente malo que, tras sacrificarse por una causa justa, adquiere el estatus de héroe, pero sólo, y repetimos, al final de la historia.

Si en las tempranas *Straight Shooting* y *Backing Broadway* (1917) o en *The Last Outlaw* (1919) Ford asienta su postura sobre las bondades de la vida natural y de los protagonistas rectos que pasan por perdedores en el mundo civilizado, con *The Iron Horse* (1924) y *Three Bad Men* (1926) eleva el western a la categoría de narrativa épica, consolidando dos aspectos esenciales de su filmografía posterior: la gran obra de cooperación de gentes de diversa procedencia e índole en la creación de la nación americana y la posibilidad de encontrar personajes que encuentren la redención, pese a su condición de pecadores. Junto a ello, con un enfoque novedoso, aunque reuniendo estos dos rasgos indicados, Ford tratará otro de sus grandes temas: lo irlandés. El amor por la madre patria adquiere en el mundo irlandés una peculiaridad interesante: por un lado, Ford idealizará la imagen de Irlanda y de sus gentes, convirtiéndolas en el hogar añorado, en la tierra sagrada de sus padres, de donde beben sus costumbres y tradiciones; en donde radica su identidad y a donde quiere regresar: el paraíso perdido. Así aparece su visión de poeta en el exilio en *The Shamrock Handicap* (1926), *The Informer* (1935), *The Plough and the Stars* (1936), *The Quiet Man* (1952) o *Donovan's Reef* (1963). Por otro lado, el protagonista de origen irlandés catalizará el pensamiento de Ford acerca del papel activo de los irlandeses en los Estados Unidos, así como mitificará sus virtudes más alabadas.

Incorporando lo irlandés y la característica narrativa del western, Ford también crea otras voces heroicas, más



*Just Pals* (Carnaradas, 1920).

“Ford consolidó al protagonista del bueno aparentemente malo que, tras sacrificarse por una causa justa, adquiere el estatus de héroe, pero sólo al final de la historia”

marcadas por su interés por lo social o por su atracción por la vida militar, en esa atención preferente que manifestará por lo bélico de forma continuada. Lo “social” se define por un sentido de la Justicia superior a Ley. Así lo presenta Ford en su adaptación de *The Grapes of Wrath* (1940) de John Steinbeck, en una versión menos determinista y más trascendente de la novela, con Tom Joad y Ma Joad insuflando el buen espíritu a la familia y a la “gente”. Esa gente desposeída tendrá un lugar protagonista, por ejemplo, en *Arrowsmith* (1931), *Judge Priest* (1934), *Tobacco Road* y *How Green Was My Valley* (1942), pero encontrará la forma de su zapato en la figura del político heroico, encarnado esencialmente en Abraham Lincoln (una figura presente en diversos momentos de su obra, aunque recordada en su ascenso desde sus orígenes humildes), en el biopic *Young Mr. Lincoln* (1939) y en *The Last Hurrah* (1958), donde encuentra espacio para mostrar la altura moral de un verdadero político envejecido y enfermo en su lecho de muerte. Junto al testimonio de personajes que anteponen el Bien común a su propio bien a costa de su reputación o prestigio, Ford crea el relato de la vida militar, ya sea en el entorno del Oeste como en el de la Guerra. En ambos contextos, lo castrense se plantea de nuevo en relación con la ley. Exponentes interesantes de su capacidad para combinar temas de actualidad, en *Sergeant Rutledge* (1960), además entronca con el tema del racismo y en relación con la importancia de la comunidad india y la búsqueda de los méritos de los hombres, entre otras, destacan *Fort Apache* (1948) o *She Wore a Yellow Ribbon* (1949).

Cada película de Ford mejora en cada visionado, produciendo una sensación creciente de profundidad; despertando el sentimiento de una alegría perfecta, que no nace de efectismos, espectáculos medidos o una manipulación de los sentimientos. Vivan Ford y su cine por siempre.

Ruth Gutiérrez



*The Shamrock Handicap* (La hoja de Trébol, 1926).